

Uno

---

**Corion**



**E**l doctor Learmont, recién designado médico de familia de los distritos de West Masedown y New Eliry, va meciéndose y dando tumbos sobre el pescante de un carro mientras desciende la leve pendiente que conduce a Versoie House. Tiene las nalgas irritadas: el asiento es duro y no está almohadillado. Su compañero, el señor Dean, de Portes Hudson y Dean (Lyidium e inmediaciones desde 1868), no parece experimentar molestia alguna. Mantiene la mirada vidriosa vagamente al frente; lleva las riendas entrelazadas en los dedos de unas manos curtidas que le penden a escasa altura de las rodillas. De la caja del carro asciende el traqueteo de botellas de cristal y el rechinar fricativo de alambre de cobre que, tras mezclarse con las pisadas y el roce de los cascos del caballo sobre la grava, flotan impertérritos en el sosegado aire de septiembre. Altas coníferas se elevan rectas e inertes como columnas. Más arriba, a mucha mayor altura, unos pájaros negros aletean en silencio bajo una cóncava bóveda celeste.

El médico sostiene entre las piernas un maletín marrón y un aparato negro para inhalar. En la mano lleva un papel amarillo que, perplejo, va escudriñando como puede. De vez en cuando alza la mirada para atisbar entre el tapiz de coníferas, por donde asoman y se ocultan intervalos de hierba segada e hileras de árboles más pequeños con frutos blancos y follaje verde y rojo. En torno a éstos

hay movimiento: pequeños miembros que se estiran, se tocan y se separan en un patrón cuasi regular, como si ensayaran brazadas de pecho o mariposa.

El carro atraviesa un palio de humo de madera y tuerce, saliendo del bosque. Learmont constata ahora que los miembros pertenecen a niños, cuatro o cinco, inmersos en algún tipo de juego. Formados en círculo, alzan los brazos y dan palmadas. Sus labios se mueven, pero de ellos no sale ningún sonido. De vez en cuando una risotada reverbera en el huerto, pero es difícil atribuirla a un niño en concreto. Además, la risa no suena como debería. Suena distorsionada, levemente torcida, casi como emitida por un ventrílocuo, venida de otro sitio. Ningún niño parece advertir su llegada; de hecho, ninguno parece consciente de sí fuera del cambiante círculo, donde la separación entre ellos se subordina a la carnosa coreografía de cuerpos multiplicados, entremezclados.

El señor Dean detiene el carro sin tirar de las riendas ni dirigirse al caballo. A su vera, a la derecha, hay un arroyo angosto, de aguas quietas, ante la alta tapia de un jardín cuyo borde superior desborda de helechos y glicinas. A la izquierda del carro, la nervuda amalgama de tallos y ramas de un rosal sin flores se aferra a otra pared. El humo de madera viene de detrás de ésta. Como también un viejo con un rastrillo que, tras salir por una apertura en el muro, se pone a empujar una carretilla por la grava.

—¡Disculpe! —le llama Learmont—. ¡Disculpe!

El viejo se detiene, apoya la carretilla en el suelo y vuelve la cabeza hacia Learmont.

—¿Puede decirme dónde se encuentra la casa principal? ¿La entrada?

El viejo hace un ademán con la mano libre: *por ahí*. Luego, tras recoger el mango de la carretilla, deja atrás el carro en dirección al huerto, arrastrando los pies. Lear-

mont escucha desvanecerse el sonido de los pasos. Finalmente se gira hacia el señor Dean y dice:

—Callado como una tumba.

El señor Dean se encoge de hombros. El doctor Learmont baja a la grava, sacude las piernas y mira en derredor. El viejo pareció señalar hacia detrás de la tapia desbordante. Donde también hay un pequeño acceso.

—¿Por qué no espera aquí? —sugiere Learmont a Dean—. Yo iré a buscar al... —levanta el papel amarillo y vuelve a escrutarlo— señor Carrefax.

Dean asiente. El doctor Learmont coge el maletín y el inhalador, se adentra en una franja de hierba y cruza un puentecillo de madera que salva el arroyo tipo foso. A continuación, bajando la cabeza para no rozar, sin éxito, las glicinas, supera el umbral.

En el jardín hay crisantemos, lirios, tulipanes y anémonas, apiñados y revueltos a ambos lados de un sendero irregular de baldosas en mosaico. Learmont sigue el sendero hacia un pasadizo formado por setos y un emparado del que cuelgan dulcamaras y una especie de enredadera sarmentosa, de color marrón claro, que sale de lo que parecen establos. Cuando está cerca del pasadizo, oye un zumbido. Se detiene y aguza el oído. Parece venir de los establos: un zumbido intermitente, mecánico. Learmont piensa en entrar y preguntar a quienes estén operando la máquina, pero, razonando que ésta podría estar funcionando sola, decide seguir el sendero. Éste se bifurca a la derecha y, tras cruzar el acceso de otro muro, se escinde en un trazado laberíntico que se despliega sobre una extensión de césped en cuyo extremo más alejado se yergue otro muro con otro paso más. Learmont atraviesa el césped a grandes zancadas y franquea el tercer acceso, el cual le deposita al borde del huerto que vio a su llegada. El gran y ligeramente empinado sendero de grava que des-

cendió con el señor Dean está ahora en el extremo opuesto del huerto, medio oculto por las coníferas; él está ahora en una vereda menor, perpendicular a la otra, entre el muro exterior del jardín y el extremo inferior del huerto. Los niños siguen ahí, ensimismados en su muda pantomima. Learmont pasea la vista al otro lado del grupo: las hileras de frutales blancos dan a un césped descuidado que, tras unas sesenta yardas, se convierte en una pradera donde pastan ovejas desperdigadas. La pradera se eleva hasta un promontorio; un cable telegráfico lo cruza y cae del otro lado, perdiéndose de vista.

Learmont vuelve a echar una ojeada al papel, tras lo cual gira a la izquierda y sigue la vereda que corre paralela al muro exterior del jardín; hasta que por fin, al término de éste, encuentra la casa.

## ii

Toca el timbre, da un paso atrás y alza la mirada hacia la edificación. La fachada está revestida de hiedra que ha empezado a volverse roja. Toca el timbre de nuevo, pegando la oreja a la puerta. Esta vez lo ha oído alguien: oye pasos que se aproximan. Le abre una doncella. La mujer parece alterada: lleva el cabello revuelto, va remangada y tiene las manos y la frente húmedas. Tras ella hay una niña de tres o cuatro años con una toalla. Niña y doncella miran el maletín y el inhalador de Learmont.

—¿Un porte? —pregunta la doncella.

—Pues... sí —responde, enseñando el papel—. He venido a...

Del interior de la casa aparece un hombre que se abre paso entre la doncella y la cría.

—¿Zinc y selenio? —espeta.

—Están en el carro —responde Learmont—. Pero yo he venido para...

—¿Y ácido? ¿Y los carretes de cobre? —le interrumpe el hombre. Es corpulento y tiene un vozarrón. Debe andar entre los cuarenta y cuarentaicuatro—. Ha venido... ¿a qué?

—He venido para asistir al parto.

—Ha venido para... ¡ah, sí! El parto: ¡por supuesto! ¡Espléndido! Puede... Sí, veamos... Maureen le indicará dónde... ¿Dice que el cobre está en la entrada?

—Pasado el... —El doctor Learmont señala tentativamente al otro lado del jardín, pero no recuerda en qué dirección acaba de venir.

—¿Y hay alguien con él? Quizá usted podría ayudarnos a...

—Señor... —dice la doncella.

—¿Qué, Maureen? —responde el hombre. Maureen respira hondo, exasperada. Él la mira unos segundos, tras lo cual se da una palmada en el muslo y dice—: No, por supuesto: lleva al médico con ella. ¿Va todo...?

—Perfectamente, señor —informa Maureen—. Gracias por su interés.

—¡Espléndido! —retumba el hombre—. Bien, adelante. Maureen procurará que tenga usted todo lo que... ¿Eso es el telegrama?

Está mirando el papel amarillo de Learmont, con los ojos brillantes de emoción.

—Me desconcertó un poco... —comienza a decir Learmont, pero el hombre le arrebató el papel de las manos y comienza a leer en voz alta:

—«... se espera para las próximas veinticuatro horas...» Bien... «... parturienta con dolores desde anoche...» ¡Excelente! «Parturienta», ¡claro y cristalino como el agua!

—No estábamos del todo seguros de la procedencia...

—¿Qué? ¿Procedencia? Un momento: ¿qué es esto? ¿«Se solisita médico a la mayor...»? ¿«Solisita»? ¿Qué mierda de palabra es esa?

—¡Señor! —dice Maureen.

—La niña las ha oído mucho peores —brama el hombre—. ¿«Solisita»? Me he... ¡Tecla del demonio!

—¡Dios bendito! —dice Maureen. Se vuelve hacia la niña y le coge la toalla. Del recibidor sale otra mujer, portando una bandeja de bizcochos en dirección al huerto y con un gato a remolque—. Ve con la señorita Hubbard —dice Maureen a la niña.

—... S... C... —masculla el hombre, tras lo cual vuelve a bramar—: ¿Procedencia?

—No teníamos del todo clara la procedencia del telegrama —explica Learmont—. No venía de la oficina de correos de Lydium, si bien parecía surgir de la misma línea que...

—Señorita Hubbard —dice el hombre—, espere.

La segunda mujer se detiene en el umbral.

—¿Sí, señor Carrefax?

—Señorita Hubbard, no oigo a los niños —le dice.

—Están jugando, señor Carrefax —replica ella.

—¿Seguro que no están hablando por signos?

—Les dije que lo tienen prohibido. Creo que...

—¿Qué? ¿Les dijo? ¡Decirlo no sirve de nada! Hay que *obligarles* a hablar. ¡A todas horas!

La niña está estirando el brazo hacia la bandeja de bizcochos. El gato sigue atentamente los esfuerzos de la niña, quieto y en tensión. Maureen coge a Learmont de la manga y comienza a tirar de él hacia la casa.

—¡La procedencia, mi buen doctor, es esta mismísima casa! —retumba el señor Carrefax cuando el médico pasa con dificultad por su lado—. Haya o no una S o una C.



Qué decepción. Pero tiene remedio. ¡El cobre! ¿En la entrada, ha dicho?

—Hay un hombre esperando en un...

—¡Espléndido! Señorita Hubbard, si no les oigo pensaré que están hablando por signos.

—Haré lo que pueda, señor Carrefax —le dice la señorita Hubbard.

—¡A todas horas! —brama él—. ¡Quiero oírles *hablar!*

Sale a paso decidido con ella, en dirección a la entrada. La niña sigue los bizcochos, y el gato sigue a la niña. Maureen conduce al doctor Learmont en dirección contraria, escaleras arriba. De ésta cuelga un tapiz, con un bordado en seda que representa esa misma escalera u otra muy similar. Cruzan el rellano y acceden a un cuarto. De la pared de éste cuelga un segundo tapiz: otra imagen tejida en seda, esta vez de una escena oriental con campesinas con coleta recogiendo frutos blancos de árboles idénticos a los del huerto. En la zona inferior del tapiz, bajo los árboles, más campesinas desenredan unas bolas oscuras. Debajo, en la habitación propiamente dicha, una mujer yace en posición supina sobre un lecho. Está cubierta con una sábana atada al colchón, pero la mujer no está aferrada a ella. Yace de espaldas sin moverse, aunque tiene el espeso pelo castaño empapado de sudor. A su lado hay una segunda doncella en una silla, cogiéndole la mano. La mujer de la cama esboza una sonrisa en dirección a Learmont.

—¿Señora Carrefax? —pregunta él.

Ella asiente. El doctor Learmont deja en el suelo la bombona, abre el maletín sobre la cama, pregunta:

—¿Cada cuánto son las contracciones?

—Cada tres minutos —dice ella. Su voz es baja y ronca. El tono posee una cualidad un tanto inusual, nada

que ver con la fatiga, que Learmont es incapaz de identificar del todo; el acento no es extranjero, pero tampoco es del todo nativo. Le toma la tensión. Al quitarle la goma el cuerpo de ella experimenta otra contracción. Crispa el rostro, abre la boca, pero de ésta no sale alarido ni grito alguno: sólo un gruñido grave, apenas perceptible. La contracción dura diez o quince segundos.

—¿Le ha dolido? —le pregunta Learmont cuando ha pasado.

—Es como si me hubieran envenenado —contesta. Vuelve la cara y se pone a mirar el cielo por la ventana.

—¿Ha estado tomando algún calmante? —pregunta él. Ella no contesta. Él repite la pregunta.

—Tiene que verle hablar —dice la doncella que la asiste.

—¿Qué?

—Tiene que verle mover los labios, señor. Es sorda.

Él se inclina sobre la cama y mueve la mano ante el rostro de la señora Carrefax; ésta vuelve la cabeza hacia él. El médico repite una vez más la pregunta. Ella parece entenderla, pero se limita a responderle con una vaga sonrisa.

—Pequeñas dosis de láudano, señor —apunta la doncella asistente.

—Yo prefiero el cloroformo —dice Learmont.

A la señora Carrefax se le iluminan los ojos. Con su voz baja, ronca, extraña pronuncia la palabra «¿Clorodina?».

—No, *cloroformo* —dice Learmont, pronunciando el nombre con énfasis y claridad. Saca una mascarilla de gasa del maletín que, tras fijarla al extremo del tubo del inhalador, sujeta a la cara de la señora Carrefax. Abre la espita de la bombona: se oye un largo y lento siseo a medida que el gas viaja por el pasadizo de lienzo hasta la boca y la nariz de la mujer. Los músculos de las mejillas se le distienden; las pupilas se le dilatan. Pasado medio

minuto, Learmont cierra la espita y desata la mascarilla. Enseguida sobreviene una segunda contracción; el cuerpo de la mujer vuelve a crisparse, pero su rostro registra menos dolor. Él vuelve a colocar la mascarilla, administra más cloroformo y observa cómo los silenciosos rasgos se distienden y dilatan aún más bajo la mordaza. Cuando la retira de nuevo, la mujer se pone a murmurar:

—... *un fleuve... un serpent d'eau noir...*

—¿Qué dice? —pregunta él.

—Siento como un paño de terciopelo —dice ella—. De terciopelo negro... cubriendo una cámara.

—Eso es el cloroformo —dice él.

—... una cámara —dice ella— que se interna en la oscuridad... Hay un río con una serpiente de agua nadando hacia mí... Más. —Suelta la mano de la doncella y señala la bombona.

—No quiero dejarla sin conocimiento —dice el doctor Learmont—. Haré que...

—¡Sophie! —dice Maureen sobresaltada. Learmont sigue la mirada de ésta hacia el umbral. La niña está en la entrada, mirando. Maureen se planta ante ella, tapándole la vista de la estancia—. ¡Tú no tienes que estar aquí! —le regaña y, suavizando el tono, la coge en brazos—. Venga, vamos a ayudar a Frieda a preparar el *kenno*. —Mientras Learmont escucha los pesados pasos de Maureen al bajar la escalera, la señora Carrefax es presa de otra contracción. El médico saca del maletín un frasco de ácido carboxílico y manda a la doncella por aceite de oliva.

—¿Aceite de oliva, señor? —repite ella.

—Sí —responde él, remangándose la camisa—. Ya no falta mucho.

Pero falta mucho: toda la tarde y aún más. Learmont sale del cuarto dos veces: una para estirar las piernas en el pasillo, desde cuya ventana divisa al señor Carrefax y al

señor Dean transportando los carretes de cobre y las cajas de botellas por el jardín tapiado hasta los establos; otra para dar cuenta de unos sándwiches que las doncellas le han preparado. Administra más cloroformo y oye, por encima del siseo, el sonido del carro del señor Dean por el sendero de grava, marchándose. Las contracciones continúan; la señora Carrefax entra y sale de la duermevela. El atardecer se convierte en ocaso y luego en noche.

Los empujones finales llegan a las dos y media. La doncella asistente sostiene los hombros de la señora Carrefax, ésta se aferra a la sábana que la cubre y la cabeza del bebé aparece entre sus piernas; o, más bien, medio aparece tras una reluciente película de plasma, una membrana cutánea. Learmont sabe del fenómeno, pero nunca lo ha presenciado: el bebé viene con corion. El saco amniótico le envuelve la cabeza por completo, como una caperuza sedosa. En cuanto el bebé ha salido del todo, Learmont pinza la membrana con los dedos y la extrae desde el cuello. Retira los grumos verdirrojos que cubren el resto del cuerpo, ata y corta el cordón, envuelve al bebé en una sábana y lo entrega a la madre.

—Un niño —dice—. Ahora tenemos que sacarle las secundinas.

Empieza a llenar una jeringa con epitemalodina. Cuando está lista, coge al bebé y lo deposita en manos de la doncella. El bebé se pone a llorar.

—Esto va a escocer un poco —dice Learmont, sacando las burbujas de aire. Vuelve a colocar la mascarilla de gasa sobre la cara de la madre y abre la válvula del cloroformo, tras lo cual le inyecta la epitemalodina en los pliegues de la vagina. El cuerpo de ella se encoge de dolor; la espalda se le arquea y vuelve a relajarse en la cama. Poco después aparece la placenta. Learmont cierra la espita, mira a la mujer embozada y dice:

—Me libraré de esto, a menos que quiera usted enterrarlo. Algunas personas lo hacen. Incluso hay quienes lo fríen y se lo comen. Y se dice que el corion es señal de...

Pero ella le corta con un gesto de la mano hacia la bombona.

—Daño no va a hacerle, supongo —dice él—. Le daremos un par de minutos más. —Vuelve a abrir la espita. Los ojos de la señora Carrefax se enturbian y se abren. El bebé para de llorar. Durante largo rato la habitación está en silencio salvo por el siseo del cloroformo y, por debajo de éste, el intermitente zumbido mecánico que oyó antes, y que ahora entra flotando desde el exterior, desde los establos.

### iii

Al alba le sirven un desayuno de arenques ahumados, huevos y pan. Cuando ha terminado, Maureen le comunica que el señor Carrefax desea verle.

—¿Dónde está? —pregunta Learmont.

Ella resopla y responde:

—En su taller, dónde si no. Rodee la casa por la izquierda y lo encontrará, pasando por un acceso en la tapia del jardín.

Hay rocío en la hierba y tirabuzones de niebla en torno a los troncos de los árboles del huerto donde la víspera jugaban los niños. Siguiendo el perímetro de la casa como le han indicado, Learmont se aleja del huerto y, caminando hacia una parte de la finca por la que no pasó al entrar, cruza una especie de parque cerrado. En su alto muro hay una entrada con columnas rematadas en tallas con forma de obelisco. Tras el muro, se ciernen árboles más altos, castaños de Indias, de hojas grandes y amarillas. El par-

que queda atrás cuando la pared de la casa cubierta de hiedra tuerce y lleva por un trecho de césped bien cuidado rodeado de muros bajos, tras lo cual continúa por una pared de setos hasta una parcela de hierba más pequeña, sin segar, limitada al otro lado por un grupo de limeros. Mientras cruza esta parte percibe un zumbido muy quieto, pero distinto al que oía venir de los establos: el de ahora parece menos agitado, menos eléctrico. Entiende por qué cuando se acerca al otro extremo del descampado: hay colmenas instaladas entre los limeros. Las evita, atraviesa un segundo muro de setos y sale a una zona de jardín donde hay un estanque rectangular de aguas inmóviles, cubiertas de un limo verduzco. Al otro lado de esta zona, una puerta conduce de vuelta al jardín cercado por el que llegó la víspera. Prueba a abrirla, pero está cerrada. Del otro lado llega sonido de cortar metal.

—¿Señor Carrefax? —llama.

El sonido metálico se detiene y el vozarrón del señor Carrefax contesta:

—¿Qué? ¿Quién es?

—El médico —responde Learmont—. El bebé ha nacido sano y está bien.

—Perfecto... y ¿qué? Me temo que he perdido la llave de esta puerta. Tendrá que entrar por el otro lado. Siga la pared.

No está claro cómo hay que hacer esto último: la pared desborda de tanta hiedra y arbustos que sobresalen como arbotantes que cuesta distinguir adónde conduce. Learmont se separa de ella y entra en una larga avenida de castaños tras la cual hay un huerto de manzanos. La avenida le lleva hacia un grupo de casas más pequeñas, pero antes de alcanzarlas vuelve a retomar el muro, que asoma entre inermes remolinos de seto enmarañado para girar y extenderse junto al estrecho arroyo tipo foso que cruzó la

víspera; finalmente la ruta pasa por el mismo puente de madera que, una vez franqueado, le deja ante el mismo acceso. Ha dado una vuelta en círculo. Vuelve a agachar la cabeza, deja atrás las glicinas y entra en el sendero de mosaico irregular y una vez más se mueve entre las hileras de tulipanes y crisantemos amontonados.

El púrpura de los lirios parece más fuerte, más intenso que la víspera. El pasadizo formado por los setos y el emparrado parece más cerrado, más entreverado. El enramado sarmentoso marrón claro que partía de las dulcamaras y se extendía hacia los establos parece haberse multiplicado. Cuando llega a ellas ve que para nada son enredaderas: son hilos de alambre de cobre, y en mayor número que el día anterior. Los carretes que vinieron con él en el carro de Hudson y Dean salen, desenrollados, por las puertas de los establos. El señor Carrefax está sobre uno de ellos con una cizalla, midiendo un trozo.

—Sostenga esto —dice a Learmont, tendiéndole un extremo.

El doctor Learmont obedece. El señor Carrefax va desde el establo hasta un punto sobre el emparrado, soltando hilo conforme avanza.

—Yo diría que doce pies. Memorícelo. ¿Tiene hambre?

—He tomado huevos con arenques y...

—¿Arenques y... qué? Tome un poco de *kenno* conmigo. También hay malta de parto. ¡Una cosa espléndida!

Conduce a Learmont a uno de los establos. Hay bancos de máquinas bajo estantes con hileras de instrumentos: manipuladores de telégrafo, receptores telefónicos, fonógrafos enormes de los que cuelgan tiras de papel, cilindros de cera, frascos, objetos e instrumentos cuyo nombre y función sólo cabe presumir. En una mesa de trabajo, entre limaduras de metal, hay un jarro con un líquido marrón oscuro, dos tazones y una torta de queso.

Tras limpiarse las manos en un trapo que no parece más limpio que aquéllas, el señor Carrefax corta dos porciones de torta de queso con un cuchillo, tiende una al médico y sirve dos tazones de malta.

—Desayuno, almuerzo, cena, ¿quién sabe? No he dormido en toda la noche —dice a Learmont—. ¡A su salud, doctor!

La malta es refrescante; la torta de queso está rica y tiene un sabor fuerte. Los dos hombres comen y beben en silencio durante unos instantes.

—Lo he arreglado —dice el señor Carrefax al doctor Learmont al cabo de un rato.

—¿Arreglado qué? —pregunta Learmont.

—La equivocación de la S por la C. O sea, la equivocación. No habría ocurrido si hubiera llevado el cable desde aquí hasta la línea pública sin interrupciones.

—Creo que no le entiendo —dice Learmont.

—¡Ajá! —brama el señor Carrefax. Coloca una mano firme sobre la espalda de Learmont y le conduce hacia la entrada del taller—. ¡Mire! —dice, señalando los cables de cobre que corren por encima de sus cabezas hasta unirse con las dulcamaras enroscadas del emparrado—. ¿Dónde cree que terminan?

Los ojos de Learmont van del emparrado al muro y la puerta cerrada tras la cual ha estado hace cinco minutos. Entre la masa de hiedra y arbustos hay una especie de veleta metálica. Los cables están enrollados en torno a la base de ésta como serpientes.

—¿Ahí? —pregunta.

—¡Ajá! —brama de nuevo Carrefax—. ¡Sí... y no! ¡Terminan los cables, pero la señal *continúa*! Cinco pies, de momento. Con este cable podré aumentarlo a diez, igual a quince. Ya se ha hecho, desde luego. Ese italiano está ahora mismo en Salisbury, con todas sus torres y



mástiles y cometas... Él va con Correos, ¿entiende? Se quedó con todos los fondos. ¡Lo de siempre! Tendrá padrino: un gesto acá, un guiño allá. Un masón, seguro. Lo que salga llevará su nombre, sin duda, sea eso cuando sea. ¿Niño o niña?

—¿El bebé? Un niño.

—¡Espléndido! ¡Espléndido! Tome un poco más de malta y queso. ¿Alguna complicación? A la niña hubo que sacarla a la fuerza. Prácticamente hubo que poner juguetes a los pies de la cama para que se dignara presentarse.

—Tardó algo, pero al final salió sin problemas. Venía con corion.

—¿Que venía con qué? ¿Cuero?

—Corion. Un velo alrededor de la cabeza: una especie de redcilla. Dicen que trae buena suerte, sobre todo a los marineros.

—¿A los marineros? Escuche lo que le digo, doctor: como consiga que esta maldita cosa funcione, a esos no va a hacerles falta ninguna suerte. Dispondrán de una red por todo el mundo para enviar sus señales. ¿Vino usted con el carro de los portes?

—Sí. La mujer de la oficina de telégrafos había tomado sus dos mensajes, de modo que sabía que alguien de Hudson y Dean tenía que venir.

—¡Espléndido! Pero ahora hay que llevarle de vuelta.

—Lydium no está lejos. Puedo ir andando y allí coger un tren.

—¡Andando, ni hablar! —brama el señor Carrefax—. Telegrafiaré para que venga otro carro a recogerle.

—Oh, no será necesario —dice el doctor Learmont—. El paseo me despejará la cabeza.

—¿Le despejará qué? ¡De ninguna manera! Vuelva a la casa. Descanse mientras yo hago que sus instrucciones superen ese muro.

El doctor Learmont obedece. Está demasiado cansado para lo contrario. Regresa entre los lirios y crisantemos, cruza el estrecho arroyo, sigue la avenida de castaños. Los pájaros negros continúan aleteando en las alturas; Learmont no distingue si se han multiplicado o si los calmos puntos que salpican la bóveda del cielo son producto de su fatiga. Ya en la casa, introduce sus instrumentos en el maletín. No encuentra los viales de epitemalodina ni las píldoras de codeína, pero no importa: hay de sobra en el consultorio.

El bebé está mamando; su madre está sentada en la cama, tranquila y satisfecha, mientras la doncella le cepilla el pelo, desenredándolo como las mujeres chinas las extrañas bolas oscuras del tapiz de seda que pende sobre ellas. Maureen está de pie ante la cama; delante de ella, rodeada por los brazos de la mujer, la niña observa a su hermano en silencio. Todos miran en silencio: la habitación está en completo silencio salvo por los chasquidos de los labios del lactante y el zumbido del cobre que sube del jardín.